

El crepúsculo se acercaba desde el desierto cubriendo las dunas con su sombra púrpura, atenuando todos los sonidos como una gruesa capa de terciopelo; el atardecer era sereno y silencioso.

Desde la cima de la duna contemplaron el oasis y el conjunto de pequeñas aldeas que lo rodeaban. Las construcciones eran blancas y de techo plano; las palmeras datileras eran más altas que todas ellas salvo la mezquita islámica y la iglesia cristiana copta. Las fachadas de los dos bastiones de la fe se enfrentaban desde las márgenes opuestas del lago.

Las aguas del lago estaban oscuras. Una bandada de patos que bajó en picado levantó una oleada de espuma blanca cerca de los juncos de la orilla.

El hombre y la mujer formaban una pareja singular. Él era alto y levemente encorvado y los últimos rayos del sol destellaban en su cabello plateado. Ella era joven, apenas mayor de treinta, esbelta y vivaracha. Llevaba la melena espesa y rizada atada en la nuca con una cinta de cuero.

—Es hora de bajar. Alia nos espera.

Sonrió con afecto al mirarla. Era su segunda esposa. Cuando murió la primera pensó que la luz del sol se había apagado para siempre. No imaginaba que aún podía conocer la felicidad en la última época de su vida. Ahora la tenía a ella y su trabajo. Era un hombre feliz y satisfecho.

Bruscamente se apartó de él y desató la cinta que le sujetaba el pelo. Sacudió la melena espesa y oscura y rió. Su risa era hermosa. Se lanzó cuesta abajo por la resbaladiza ladera y, al correr, su falda dejó al descubierto las hermosas y bronceadas piernas. Conservó el equilibrio hasta la mitad de la ladera, en que la fuerza de la gravedad la derribó y la llevó rodando hasta la base.

Él sonreía afectuosamente. En ocasiones se portaba como una niña. En otras, como una mujer seria y decorosa. No sabía a cuál de las dos prefería, pero amaba a ambas. Al llegar a la base, ella se sentó y rió mientras se sacudía la arena del pelo.

–¡Ahora tú! –exclamó.

Él bajó lentamente, con la rigidez y la dignidad propias de su edad más avanzada y llegó de pie abajo. La ayudó a levantarse; tuvo que resistir la fuerte tentación de besarla. Un árabe jamás demuestra afecto en público, ni siquiera a una esposa amada.

Ella se alisó la ropa y se ató la cabellera antes de volver a la aldea. Borearon los juncales del oasis y cruzaron los desvencijados puentes que cruzaban los canales de riego. Los campesinos que volvían de la labranza lo saludaban con gran respeto.

–*Salaam aleikum, doktari!* La paz sea contigo, doctor.

Honraban a todos los hombres sabios, pero a ninguno más que a él, que tan bueno era con ellos y sus familias. Varios habían sido empleados de su padre. La mayoría eran musulmanes y él era cristiano, pero eso no tenía importancia.

En la villa, la vieja ama de llaves los recibió con expresión hosca y refunfuñando.

–Tarde, siempre llegan tarde –refunfuñó–. ¿No pueden llegar a la hora, como todo el mundo? Tenemos que pensar en nuestra posición.

–Madre, como siempre tienes razón –replicó él con afectuosa ironía–. ¿Qué haríamos sin tus cuidados?

La hizo salir y la anciana se alejó, ocultando su amor y preocupación por él tras su expresión ceñuda.

Cenaron frugalmente dátiles y aceitunas, pan ácimo y queso de cabra. Cuando terminaron ya había anochecido pero las estrellas del desierto brillaban como candelas.

–Royan, mi flor. –Extendió el brazo sobre la mesa para acariciarle la mano–. Es hora de trabajar.

Se levantó y la condujo a su estudio, que daba al patio.

Royan al Simma fue directamente a la gran caja fuerte de acero que había junto a la pared del fondo y marcó la combinación. La caja fuerte era un anacronismo en la habitación llena de viejos libros y papiros, antiguas estatuas y objetos funerarios recogidos a lo largo de su vida.

Al abrirse la gran puerta de acero, Royan retrocedió, embargada por

el temor reverente que le inspiraba la reliquia milenaria, aun después de un lapso de pocas horas.

–El séptimo papiro –susurró; tuvo que hacer un esfuerzo para cogerlo.

Lo había escrito hacía casi cuatro mil años un genio adelantado a su tiempo, un hombre que era polvo desde hacía milenios, pero a quien había aprendido a conocer y respetar, al igual que su esposo. Sus palabras eran eternas y le llegaban desde más allá de la tumba, desde los prados del paraíso, desde la presencia de la gran trinidad, Osiris, Isis y Horus, en la cual creía con toda devoción. Tanto como creía en una Trinidad más reciente.

Llevó el rollo de papiro a la gran mesa donde Duraíd ya había empezado a trabajar. Alzó la vista y Royan vio en sus ojos el mismo misticismo que la dominaba a ella. Le gustaba tener el rollo sobre la mesa aunque no lo necesitara. Podía trabajar sobre las fotografías y el microfilm, pero parecía necesitar la presencia invisible del autor para estudiar los textos.

Entonces la sensación se disipó y él volvió a ser el científico sereno y objetivo de siempre.

–Tú ves mejor que yo, mi flor –dijo–. ¿Cómo interpretas este carácter?

Se inclinó sobre su hombro y contempló el jeroglífico que señalaba en la fotografía del rollo. Lo estudió un momento antes de coger la lupa de Duraíd para verlo mejor.

–Diría que Taita ha introducido otro de sus criptogramas sólo para fastidiarnos –dijo.

Hablaba del autor antiguo como de un amigo querido, aunque irritante, que aún vivía y respiraba y se complacía en despistarlos.

–En ese caso, habrá que descifrarlo –dijo Duraíd con evidente placer.

Le encantaba el antiguo juego. Era la obra de su vida.

Trabajaron hasta muy avanzada la noche. Eran las mejores horas. En su conversación saltaban del árabe al inglés; hablaban los dos idiomas con la misma fluidez. En ocasiones hablaban francés, su tercer idioma común. Se habían formado en las universidades de Inglaterra y Estados Unidos, tan distantes del verdadero Egipto. Royan amaba la expresión «el verdadero Egipto» que Taita utilizaba con frecuencia en sus papiros.

Sentía una singular afinidad con el antiguo egipcio. En realidad, ella era su descendiente directa. Como cristiana copta, no era de la raza

árabe que había conquistado Egipto mucho más recientemente, hacía apenas catorce siglos. Los árabes eran advenedizos en el Egipto moderno; su sangre se remontaba a los faraones y las grandes pirámides.

A las diez, Royan calentó el café en el brasero de carbón que Alia había encendido antes de irse a su casa de la aldea. Bebieron la infusión dulce y fuerte en pequeñas tazas, llenas de posos hasta la mitad. Mientras lo sorbían, conversaban como viejos amigos.

Para Royan, su relación era la de viejos amigos. Conocía a Duraíd desde que había regresado de Inglaterra con su doctorado en arqueología y obtenido el puesto en el Departamento de Antigüedades que él dirigía.

Había sido su ayudante durante la apertura de la tumba de la reina Lostris en el Valle de los Nobles, una tumba construida alrededor del año 1780 a.C., y había compartido su frustración al descubrir que ladrones antiguos habían penetrado en la tumba y saqueado sus tesoros. Sólo quedaban los maravillosos murales que cubrían las paredes y los techos de las cámaras mortuorias.

Era Royan quien fotografiaba los murales que había detrás de la piedra donde antes reposaba el sarcófago cuando, al desprenderse una sección de la mampostería, quedó al descubierto un nicho con diez jarros de alabastro. Cada jarro contenía un rollo de papiro. Taita, el esclavo de la reina, los había escrito y colocado allí.

Desde entonces, su vida y la de Duraíd habían girado en torno de aquellos retazos de papiro. Aunque habían sufrido algún deterioro, habían sobrevivido cuatro milenios en un estado sorprendentemente intacto.

Narraban una historia fascinante, la de una nación atacada por un enemigo superior en fuerzas, provisto de carros y caballos aún desconocidos por los egipcios de la época. Arrollado por las hordas de hicsos, el pueblo del Nilo se vio forzado a huir. Encabezado por su reina Lostris, la de la tumba, siguió el gran río hacia el sur, casi hasta sus fuentes en las montañas salvajes del altiplano etíope. En algún lugar de aquellos montes inhóspitos, Lostris había enterrado el cuerpo momificado de su esposo, el faraón Mamosis, muerto en batalla contra los hicsos.

Muchos años después, la reina Lostris había encabezado la marcha de su pueblo hacia el norte, de vuelta al verdadero Egipto. Armados con sus propios carros y caballos, los guerreros egipcios forjados en la selva africana habían irrumpido a través de las cataratas del gran río

para dar batalla al invasor hicsu, derrotarlo y arrancar de sus garras la doble corona del Alto y el Bajo Egipto.

A medida que descifraban cada jeroglífico inscrito por el viejo esclavo sobre el papiro, la historia la había fascinado hasta la fibra más íntima de su ser.

Durante largos años, después de trabajar en el Museo de El Cairo, noche tras noche en su villa del oasis habían descifrado todos los rollos... menos el séptimo. Era el enigma, el texto que su autor había disimulado bajo capa tras capa de abreviaturas esotéricas y alusiones obtusas, indescifrables al cabo de largos años. Algunos de los símbolos que utilizaba no aparecían en ninguno de los miles de textos que habían estudiado durante sus vidas. Evidentemente, la intención de Taita era que sólo el ojo de su amada reina se posara sobre aquellos rollos. Habían sido su último obsequio, para que ella se los llevara al reino de ultratumba.

Tras empeñar en ello toda su capacidad, imaginación e ingenio se acercaban al fin de la tarea. Aún quedaban lagunas en la traducción y muchos pasajes cuyo sentido no estaban seguros de haber interpretado correctamente, pero habían dispuesto el esqueleto del manuscrito en un orden tal que les permitía descubrir las formas generales de la historia.

Duraid sorbió el café y una vez más meneó la cabeza.

—Me intimida —dijo—. Es una gran responsabilidad decidir qué hacer con lo que hemos aprendido. Si estos conocimientos caen en malas manos... —Sorbió y suspiró antes de volver a hablar—. Y aunque los llevemos a quien corresponda, ¿quién creerá en este material de casi cuatro mil años atrás?

—¿Por qué habríamos de comunicarlo a otros? —preguntó Royan con un matiz de exasperación en la voz—. ¿Por qué no podemos llevar a cabo la tarea por nuestra cuenta?

En esos momentos la diferencia de edad era más evidente que nunca. Él demostraba la cautela de la madurez; ella, la impetuosidad de la juventud.

—No entiendes nada —dijo él.

Esa respuesta siempre la fastidiaba. Le disgustaba que él la tratara como los árabes trataban a sus mujeres en un mundo totalmente masculino. Había conocido el otro mundo, donde las mujeres exigían y ganaban el derecho del trato igualitario. Estaba atrapada entre los dos mundos, el occidental y el árabe.

La madre de Royan era inglesa, empleada de la Embajada británica en El Cairo en los años que sucedieron a la Segunda Guerra Mundial. Se había casado con el padre de Royan, un joven oficial egipcio del Estado Mayor del coronel Nasser. Aquel matrimonio inverosímil había terminado antes de que ella llegara a la adolescencia.

Su madre había regresado a su ciudad natal de York antes del parto para que Royan naciera en Inglaterra. Quería que su hijo tuviera la ciudadanía británica. Después de la separación de sus padres, y nuevamente por imposición de la madre, Royan había cursado sus estudios en Inglaterra. Las vacaciones las pasaba en El Cairo con su padre, quien había hecho una excelente carrera y llegó a tener una cartera de ministro en el gobierno de Mubarak. Debido a su amor por él, se consideraba más egipcia que inglesa.

Su padre había dispuesto su boda con Duraïd al Simma. Era lo último que había hecho por ella antes de morir. Royan sabía que estaba agonizando y su amor no le había permitido contrariarlo. Su educación moderna la impulsaba a rechazar la tradición copta del matrimonio de conveniencia, pero para ello debía enfrentarse a su familia y a su Iglesia. Se había sometido.

Su matrimonio con Duraïd no había sido tan insoportable como había temido. Incluso se habría sentido satisfecha y realizada si no hubiera conocido el amor romántico. Pero había vivido en pareja con David durante sus años universitarios. Con él había conocido el torbellino y el delirio embriagador del deseo, aunque al final la había abandonado para desposar a una rubia inglesa del gusto de sus padres.

Respetaba y quería a Duraïd pero a veces, durante las noches, anhelaba sentir el peso de un cuerpo firme y joven como el suyo.

Había dejado de escuchar a Duraïd, quien seguía hablando. Volvió a prestarle atención.

—He hablado otra vez con el ministro, pero me parece que no me cree. Se diría que Nahoot le ha convencido de que estoy un poco chiflado. —Sonrió con tristeza. Nahoot Guddabi era el vicedirector del museo, un hombre ambicioso y con amigos influyentes—. Sea como fuere, el ministro dice que no hay fondos oficiales disponibles, así que necesitaré financiamiento privado. He repasado la lista de patrocinadores y la he reducido a cuatro. Desde luego, está el Museo Getty, pero no me gusta trabajar con una gran institución. Prefiero responder ante una sola persona. Así es más fácil tomar decisiones. —Nada de esto era nuevo

para Royan, pero lo escuchaba con actitud sumisa—. Tenemos a herr Von Schiller. Tiene dinero y le interesa el asunto, pero no lo conozco tanto como para confiar en él.

Hizo una nueva pausa. Royan, que conocía sus meditaciones de memoria por haberlas escuchado tantas veces, pudo anticiparse a lo que vendría.

—¿Qué me dices del norteamericano? Es un coleccionista famoso.

—Peter Walsh es un hombre de trato difícil. Su pasión por la acumulación de objetos lo vuelve un hombre sin escrúpulos. Me asusta.

—Entonces, ¿quién nos queda?

No respondió porque los dos conocían la respuesta. Volvió a concentrarse en el material desparramado sobre la mesa de trabajo.

—Su aspecto es tan inocente, tan prosaico... Un viejo rollo de papiro, unas cuantas fotografías y cuadernos de apuntes. Parece mentira lo peligrosos que serían si cayeran en malas manos. —Suspiró otra vez—. Fatalmente peligrosos, diría yo. —Entonces rió—: Me estoy dejando llevar por mis fantasías. Quizás es porque ya es muy tarde. ¿Volvemos a trabajar? Nos ocuparemos de estos asuntos una vez que hayamos resuelto los enigmas formulados por este viejo tunante de Taita y terminado la traducción.

Cogió la primera fotografía del montón que había sobre la mesa. Mostraba la sección central del rollo.

—Qué desgracia que el papiro se haya deteriorado justamente ahí.

Cogió las gafas y se las colocó para leer en voz alta:

«Hay que ascender muchos escalones para llegar a la morada de Hapi. Con grandes penurias y esfuerzos ascendimos al segundo escalón y no avanzamos más, porque allí el príncipe recibió una revelación divina. Su padre, el divino faraón muerto, lo visitó en un sueño y le ordenó: “He viajado mucho y estoy fatigado. Descansaré aquí para toda la eternidad”.»

Duraíd se quitó las gafas y miró a Royan:

—«El segundo escalón.» Qué descripción tan precisa. Por una vez, Taita se expresa sin rodeos.

—Veamos las fotos satélite —sugirió Royan cogiendo la brillante hoja. Duraíd se acercó a mirar sobre su hombro—. En mi opinión, es lógico suponer que el accidente natural que los detuvo en el barranco fue un tramo de rápidos o una catarata. Si fuera la segunda catarata, sería aquí...

Posó el dedo en un punto de la fotografía donde el río angosto ser-

penteban entre los macizos oscuros de las montañas que se alzaban en ambas márgenes.

En aquel momento, algo la distrajo y alzó la cabeza para escuchar mejor.

–¡Escucha! –exclamó con voz alterada por el miedo.

–¿Qué pasa? –preguntó Duraid.

–El perro.

–Estoy harto de ese animal –dijo–. No soporto más sus ladridos durante la noche. He decidido deshacerme de él.

Entonces se apagaron las luces.

La sorpresa los dejó paralizados en la oscuridad. El golpeteo sordo del viejo generador diesel que había en el cobertizo trasero había cesado. El ruido era un rasgo tan característico del oasis nocturno que sólo lo advertían cuando faltaba.

Sus ojos se adecuaron a la luz tenue de las estrellas que penetraba por la entrada del patio. Duraid cruzó la habitación y cogió la lámpara de queroseno que conservaban en un estante precisamente para esos casos. La encendió y miró a Royan con una sonrisa de resignación.

–Tendré que ir...

–¡Duraid! ¡El perro!

Escuchó atentamente y la preocupación asomó a su rostro. El perro había dejado de ladrar.

–Estoy seguro de que no hay motivos para preocuparse.

Fue hacia la puerta y ella, sin saber por qué, lo llamó.

–¡Duraid, ten cuidado!

Él se encogió de hombros como si los temores fueran infundados y salió al patio.

Al principio ella pensó que lo que se movía era la sombra de la parra agitada por la brisa nocturna del desierto. Sin embargo, era una noche serena. Entonces descubrió que una silueta humana furtiva y ágil se deslizaba sobre las losas de piedra a espaldas de Duraid, quien bordeaba el estanque que había en el centro del patio adoquinado.

–¡Duraid! –gritó; él giró rápidamente y alzó la lámpara.

–¿Quién es usted? –gritó–. ¿Qué quiere?

El intruso lo atacó en silencio. La tradicional túnica *dishdashá* revoloteaba en torno a sus piernas; llevaba la cabeza cubierta por el *guiri*, el tocado de tela blanca. A la luz de la lámpara, Duraid vio que se había tapado la cara con una punta de la tela.

El intruso estaba de espaldas a Royan, quien no pudo ver el puñal en su diestra, pero el movimiento de su brazo hacia el estómago de Duraid era inconfundible. Duraid gruñó de dolor y se dobló en dos. El asaltante retiró el puñal para lanzar otro golpe, pero Duraid soltó la lámpara y le aferró el brazo.

La llama de la lámpara caída chisporroteaba en el suelo. Los dos hombres forcejeaban en las tinieblas, pero Royan vio la mancha roja que se extendía sobre la camisa blanca de su esposito.

—¡Corre! —aulló él—. ¡Pide ayuda! ¡No puedo sujetarlo!

Su Duraid era una persona benigna, un pacífico hombre dedicado a los libros y el saber. Era evidente que no podía contener a su atacante.

—¡Vete de una vez! ¡Sálvate, mi flor!

Su voz indicaba que sus fuerzas empezaban a flaquear; pero se aferraba desesperadamente al brazo armado del intruso.

El miedo y la indecisión la habían paralizado durante varios segundos cruciales, pero salió del trance y corrió a la puerta. Acicateada por el terror y por la necesidad de buscar ayuda para Duraid, cruzó el patio con la agilidad de una gata mientras él impedía que el intruso la atacara.

Saltó la cerca de piedra y prácticamente cayó en los brazos del segundo hombre. Chilló y giró para soltarse cuando los dedos arañaron su cara y estuvo a punto de escapar, pero el hombre le aferró la delgada blusa de algodón.

Vio el destello de la hoja plateada del cuchillo a la luz de las estrellas y nuevamente el pánico fue un acicate. La tela se rasgó y quedó libre, pero no pudo escapar del todo al cuchillo. Al sentir el corte en su antebrazo, lanzó una patada con toda la fuerza del pánico y de su cuerpo joven. Su pie se hundió en la blandura del bajo vientre con una violencia que le causó dolor en el tobillo y bajo la rótula; el atacante chilló y cayó de rodillas.

Entonces echó a correr a través de las palmeras. Al principio corría sin mirar hacia dónde, sólo para alejarse de los asaltantes con toda la rapidez que le permitían sus piernas. Poco a poco dominó el pánico y miró a su alrededor. No la seguían. Al llegar al borde del lago frenó la carrera para ahorrar fuerzas. Entonces advirtió que la sangre tibia corría por su brazo hasta la punta de los dedos.

Se detuvo y apoyó la espalda contra el tronco áspero de una palmera. Arrancó una tira de algodón de su blusa rasgada para fabricar una

venda. Temblaba tanto de miedo y cansancio que aun su mano sana era torpe. Tironeó con los dientes y la mano izquierda para sujetar el tosco vendaje y contuvo la hemorragia.

No sabía hacia dónde correr, pero entonces vio la luz tenue de una lámpara en la choza de Alia, al otro lado del canal de riego más cercano. Se apartó de la palmera con esfuerzo para dirigirse hacia allí. A menos de cien pasos escuchó una voz que hablaba en árabe a su espalda:

–Yusuf, ¿ha pasado por ahí la mujer?

Al momento se encendió una linterna en la oscuridad, frente a ella, y otra voz respondió:

–No, no la he visto.

Pocos segundos más y Royan hubiera chocado con él. Se agazapó y miró desesperadamente a su alrededor. Otra linterna se acercaba por la senda que acababa de recorrer. Debía de ser el hombre al que había pateado; por la forma como se desplazaba el haz de su linterna, era evidente que se había recuperado y se acercaba rápidamente.

Bloqueadas dos salidas, giró hacia el borde del lago. Por allí pasaba la carretera. Tal vez, a pesar de la hora, pasaría algún vehículo. Perdió el equilibrio y al caer se raspó las rodillas, pero se levantó de un salto y siguió adelante. Al tropezar por segunda vez, su mano izquierda cayó sobre una piedra lisa, un canto rodado del tamaño de una naranja. Siguió adelante con la piedra en la mano; armada, sintió un destello de esperanza.

Le dolía la herida del brazo y sentía miedo por Duraid. Había visto la dirección de la puñalada y sabía que estaba malherido. Debía conseguir ayuda. Detrás de ella, dos hombres con linternas barrían el palmar y no conseguía alejarse. Al contrario, ya estaban tan cerca que escuchaba sus voces.

Por fin llegó a la carretera y con un gemido de alivio salió de la acequia a la capa pálida de asfalto. Sus piernas temblorosas apenas la sostenían, pero se volvió hacia la aldea.

Antes de llegar a la primera curva, vio entre las palmeras unos faros que se acercaban. Echó a correr por medio del camino.

–¡Socorro! –gritó en árabe–. ¡Por favor, ayúdeme!

El coche dobló la curva y antes de que los faros la deslumbraran vio la silueta oscura de un pequeño Fiat. Parada en medio de la carretera, iluminada por los faros como un artista en el centro del escenario, agitó los brazos para detener el coche.

El Fiat se detuvo frente a ella. Corrió a la portezuela del conductor y agarró el picaporte:

–Por favor, tiene que ayudarme...

La portezuela se abrió con una fuerza que la arrojó hacia atrás y le hizo perder el equilibrio. El conductor bajó de un salto y le aferró el brazo herido. La arrastró hacia el Fiat y abrió la portezuela trasera.

–¡Yusuf! –gritó hacia el palmar–. ¡Bacheet! La tengo.

Royan oyó los gritos que respondían y vio las luces de las linternas. El conductor trataba de hacerle bajar la cabeza y obligarla a subir al asiento trasero; entonces recordó que su mano sana aún aferraba la piedra. Giró levemente, tomó aliento y le estrelló la piedra contra la sien. Sin un gemido, el hombre cayó desmayado sobre el asfalto.

Royan soltó la piedra y echó a correr, pero advirtió que lo hacía frente a los faros, que iluminaban todos sus movimientos. Los dos hombres gritaron y se lanzaron en su persecución, casi hombro con hombro.

Al mirar hacia atrás vio que se acercaban rápidamente. Sólo podría escapar si salía de la carretera y se hundía en la oscuridad. Saltó hacia la orilla e inmediatamente se hundió en el agua del lago hasta la cintura.

La oscuridad y la confusión la habían desorientado. No se había dado cuenta de que se encontraba en el lugar donde el camino bordeaba el terraplén del borde del lago. No tenía tiempo para volver a la carretera y tendría que ocultarse entre los juncos y papiros de la orilla.

Caminó hasta que el suelo desapareció bajo sus pies y tuvo que nadar. Lo hizo torpemente debido a su falda y a la herida del brazo. Sus movimientos lentos y sigilosos casi no agitaban la superficie y, antes de que los hombres llegaran al lugar por el que había bajado, alcanzó un denso juncal.

Se introdujo en lo más espeso del juncal y se hundió. Antes de que el agua le llegara a la nariz, sus pies tocaron el fango del fondo. Allí permaneció inmóvil, con apenas media cabeza sobre la superficie y la cara vuelta hacia el lago. Sabía que su pelo oscuro no reflejaría la luz de una linterna.

Aunque tenía las orejas bajo el agua, podía escuchar las voces exaltadas de los hombres. Los haces de sus linternas hurgaban entre los juncos. Cuando uno de los haces se posó en su pelo, tomó aliento para sumergirse, pero la luz pasó de largo: no la habían descubierto.

Alentada por el hecho de ser invisible aun a la luz de la linterna, alzó levemente la cabeza hasta asomar una oreja y escuchar la conversación.

Los hombres hablaban en árabe; el llamado Bacheet parecía ser el jefe porque daba órdenes.

–Adentro, Yusuf, y trae aquí a esa puta.

Escuchó el ruido que hizo Yusuf cuando se deslizó por el terraplén hasta caer al agua.

–Más adentro –ordenó Bacheet–. Entre los juncos. Mira donde ilumino con la linterna.

–Es demasiado profundo. Sabes bien que no sé nadar. No hago pie.

–¡Allá! Frente a ti, entre los juncos. Veo su cabeza –dijo Bacheet para alentarlo. Royan temió que la hubieran descubierto y se hundió todo lo que pudo.

Yusuf chapoteaba torpemente hacia el juncal donde ella temblaba de miedo, cuando se produjo una conmoción atronadora que los sobresaltó.

–¡Demonios! ¡Dios me proteja! –chilló Yusuf cuando la bandada de patos se elevó del agua con gran estruendo.

Volvió rápidamente a la orilla y a pesar de las amenazas de Bacheet se negó a volver al agua.

–La mujer es menos importante que el rollo –refunfuñó al subir el terraplén–. Si no hay rollo, no hay dinero. Sabemos dónde estará; iremos a por ella más tarde.

Royan giró la cabeza para ver cómo las linternas volvían por la carretera hacia el Fiat, cuyos faros seguían encendidos. Escuchó los portazos y luego el ruido del motor que se alejaba hacia la villa.

Conmocionada, aterrada, no podía abandonar su escondite. Temía que uno de ellos siguiera apostado, esperando que saliera. Se puso de puntillas, con el agua lamiéndole los labios, temblando de miedo más que de frío, resuelta a no dar un paso hasta que el amanecer le diera seguridad.

Mucho más tarde, el resplandor del fuego en el cielo y el temblor de las llamas entre las palmeras le hizo olvidar su propia seguridad y se arrastró hacia la orilla.

Arrodillada en el barro, estremecida y jadeante, debilitada por la hemorragia, el susto y la reacción al miedo, contempló las llamas a través de los mechones de pelo empapado y el agua que chorreaba sobre sus ojos.

–¡La villa! –susurró–. ¡Duraíd! Dios mío, no lo permitas.

Con esfuerzo se levantó y se dirigió hacia su hogar en llamas.

Bacheet apagó los faros y el motor del Fiat antes de tomar el camino de entrada a la villa. Dejó que el coche se deslizara bajo su propio impulso hasta detenerse debajo del patio.

Los tres bajaron del Fiat y subieron la escalera de piedra hasta el patio adoquinado. El cuerpo de Duraid seguía junto al estanque donde lo había dejado Bacheet. Pasaron sin mirarlo y entraron a la oficina oscura.

Bacheet colocó una bolsa de tela barata sobre la mesa.

–Hemos perdido demasiado tiempo. A trabajar.

–Yusuf tiene la culpa –dijo el conductor del Fiat–. Dejó escapar a la mujer.

–Tú pudiste atraparla en la carretera –gruñó Yusuf–. No te fue mejor que a mí.

–¡Basta! –dijo Bacheet a ambos–. Si os queréis ganar la paga, no os volváis a equivocar.

El haz de su linterna iluminó el rollo que había sobre la mesa.

–Es ése –dijo. Estaba seguro, porque le habían enseñado una fotografía para que no hubiera errores–. Quieren todo, los mapas y las fotografías. También los libros y papeles, todo lo que haya sobre la mesa de trabajo. No dejéis nada.

Introdujeron todo de cualquier manera en la bolsa y Bacheet cerró la cremallera.

–Bien, ahora traed al *doktari*.

Los otros dos salieron al patio y se inclinaron sobre el cuerpo. Cada uno cogió un tobillo y arrastraron a Duraid hasta el estudio. Su nuca golpeó el umbral de piedra y su sangre dejó una larga franja roja que brillaba a la luz de la linterna.

–Traed la lámpara –ordenó Bacheet. Yusuf fue al patio y volvió con la lámpara de queroseno, que estaba donde Duraid la había dejado caer. La llama se había apagado. Bacheet la agitó junto a su oreja–. Está llena –dijo con satisfacción; desenroscó la tapa del depósito–. Bueno, llevad la bolsa al coche –dijo a los otros.

Mientras salían, Bacheet derramó un poco de queroseno sobre la camisa y los pantalones de Duraid y el resto del combustible sobre los anaqueles atestados de libros y papeles.

Dejó la lámpara y buscó una caja de cerillas bajo su *dishdashá*. Encendió una y la acercó al charco de queroseno. Las llamas se alzaron y empezaron a ennegrecer los bordes de los manuscritos. Se volvió

hacia el cuerpo de Duraid, encendió otra cerilla y la dejó caer sobre la camisa empapada de queroseno.

Un manto de llamas azules danzó sobre el pecho de Duraid. Las llamas cambiaron de color al alcanzar la tela de algodón y la carne que había debajo. Se volvieron anaranjadas y un humo negro se alzó de sus puntas temblorosas.

Bacheet salió, cruzó el patio a toda prisa y bajó los escalones. Subió al asiento trasero del Fiat, el conductor aceleró y el coche se alejó.

El dolor despertó a Duraid. Sólo un dolor intensísimo podía devolverlo desde el borde mismo de la vida al que se había deslizado.

Gimió. Lo primero que sintió al recobrar el sentido fue el olor de su carne al arder; entonces el dolor brutal se abatió sobre él con toda su violencia. Su cuerpo se estremeció, abrió los ojos y se miró.

Su ropa ardía sin llama; nunca había experimentado nada parecido a aquel dolor. Advirtió vagamente que estaba rodeado de llamas. Las oleadas de humo y calor bañaban su cuerpo y casi no podía ver el marco de la puerta.

El dolor era tan terrible que le hacía desear el fin. Quería morir para no sufrir más. Entonces recordó a Royan. Sus labios chamuscados trataron de decir su nombre, pero no pudo pronunciar sonido alguno. Sin embargo, al pensar en ella reunió fuerza suficiente para moverse. Rodó una vez y el calor atacó su espalda, hasta entonces protegida por las piedras. Gimió y rodó una vez más hacia la puerta.

Cada movimiento exigía un esfuerzo titánico y le provocaba paroxismos de dolor; pero al quedar tumbado de espaldas advirtió una brisa fresca que entraba por la puerta y alimentaba las llamas. Una bocanada del dulce aire del desierto le dio fuerzas para rodar por el escalón a las piedras frescas del patio.

Su ropa y su cuerpo no dejaban de arder. Se golpeó débilmente el pecho para tratar de extinguir las llamas, pero sus manos eran garras ardientes.

Entonces recordó el estanque. La idea de refrescar su cuerpo atormentado con el agua lo impulsó a hacer un último esfuerzo y reptó sobre los adoquines como una víbora con la espina quebrada.

El humo penetrante de su carne quemada lo ahogaba y lo hacía toser, pero persistía en su esfuerzo. Siguió adelante hasta el borde de piedra del estanque dejando trozos de carne chamuscada al rodar sobre él

y caer al agua. Se escuchó un siseo y una nube de vapor oscureció su visión. El dolor del agua fría en su carne viva era tan intenso que nuevamente perdió el sentido.

Cuando despertó entre nubes negras, alzó la cabeza empapada y vio una figura que subía tambaleándose desde el jardín.

Por un instante pensó que era un fantasma creado por su agonía, pero entonces reconoció a Royan a la luz de las llamas. Su pelo empapado caía enmarañado sobre su cara, su ropa estaba rota, empapada y sucia de barro y algas. Su brazo derecho estaba envuelto en trapos sucios de los cuales manaba sangre diluida por el agua fangosa.

Ella no lo vio. Se detuvo en el centro del patio y contempló horrorizada la casa en llamas. ¿Estaba ahí? Trató de acercarse pero el calor era como un muro infranqueable. En aquel momento se derrumbó el techo y una gran columna rugiente de chispas y llamas se alzó hacia el cielo. Retrocedió y alzó un brazo para protegerse la cara.

Duraid trató de llamarla, pero ningún sonido salió de su garganta quemada por el humo. Royan se alejó hacia la escalera. Duraid comprendió que partía en busca de ayuda. Hizo un esfuerzo supremo y un graznido de cuervo salió de sus labios negros.

Royan giró rápidamente, lo miró y lanzó un grito. Aquella cabeza no era humana. Había perdido el pelo; de sus mejillas pendían colgajos de carne. Bajo la máscara negra asomaban trozos en carne viva. Retrocedió como si hubiera visto un monstruo espantoso.

—Royan —graznó. Su voz era apenas reconocible. Alzó una mano suplicante y ella corrió al estanque y la cogió.

—En el nombre de la Virgen, ¿qué te han hecho? —dijo entre sollozos.

Trató de sacarlo del estanque, pero sólo consiguió arrancarle la piel de la mano de una sola pieza, como si fuera un horrible guante quirúrgico, dejando una garra sanguinolenta y en carne viva.

Royan cayó de rodillas junto al borde de piedra y se inclinó sobre el estanque para tomarlo en sus brazos. Sabía que no tenía fuerzas para sacarlo sin agravar sus heridas. Sólo podía sostenerlo y reconfortarlo. Sabía que estaba agonizando: nadie podía sobrevivir a heridas tan espantosas.

—Vendrán a socorrernos —susurró en árabe—. Verán las llamas. Sé valiente, esposo mío; pronto vendrán a ayudarnos.

Él se estremecía convulsivamente, torturado por las heridas y por el esfuerzo sobrehumano que debía hacer para hablar.

–¿El papiro? –Su voz era casi ininteligible. Royan miró el holocausto que envolvía su hogar y meneó la cabeza.

–No está. Lo quemaron o lo robaron.

–No abandones –murmuró–. Nuestra obra...

–Se acabó. Nadie nos creará sin...

–¡No! –Su voz era débil pero energética–. Para mí, mi última...

–No digas eso –imploró–. Te curarás.

–Promete –ordenó–. ¡Prométeme!

–No tenemos patrocinador. Estoy sola. No puedo hacerlo sola.

–¡Harper! –dijo. Royan inclinó la cabeza para que los labios quemados rozaran su oreja–. Harper –repitió–. Fuerte... duro... hombre astuto... –Entonces comprendió. Harper era el cuarto nombre de su lista de patrocinadores. Aunque era el último, ella siempre había sabido que Duraid los había mencionado en orden inverso de preferencia. Nicholas Quenton-Harper era el primero de su lista. Solía hablar de él con respeto y afecto, incluso con veneración.

–Pero ¿qué le diré? No me conoce. ¿Cómo voy a convencerlo? El séptimo papiro ha desaparecido.

–Confía en él –susurró–. Buen hombre. Confía...

La terrible súplica de su «prométeme» era imposible de rechazar.

Entonces recordó el cuaderno que tenía en su apartamento de Gizeh, en las afueras de El Cairo, y los archivos Taita del disco duro de su ordenador. No habían perdido todo.

–Está bien –dijo–. Te lo prometo, esposo mío.

Aunque aquellos rasgos mutilados no podían dibujar una expresión humana, hubo un leve matiz de satisfacción cuando murmuró: «¡Mi flor!». Entonces dejó caer la cabeza y murió en sus brazos.

Los aldeanos encontraron a Royan arrodillada junto al estanque, acunando su cabeza y susurrándole al oído. Las llamas empezaban a extinguirse y la tenue luz del amanecer era más fuerte que su resplandor.